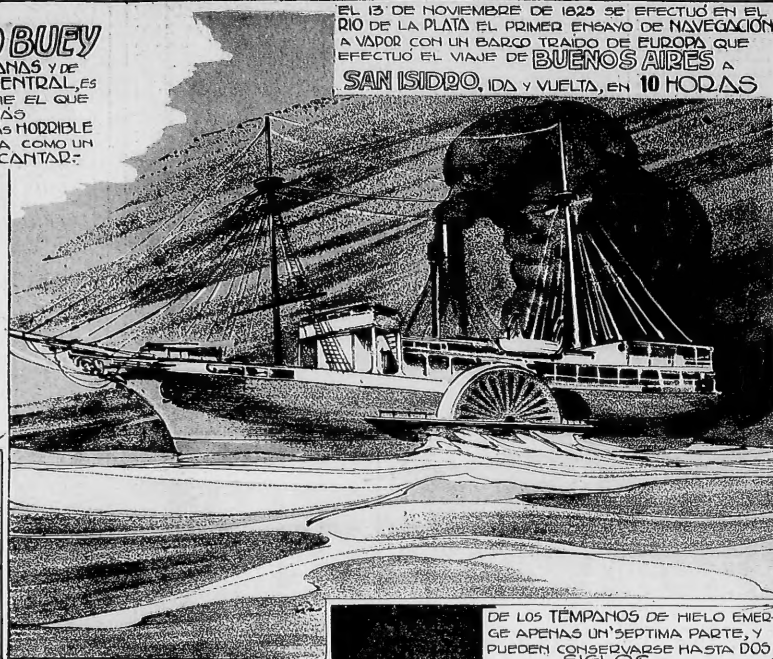


## VISTO Y OIDO ★ La tumba del primer hombre ★ por PREMIANI



### EL SAPO BUEY

DE LAS GUAYANAS Y DE LA AMERICA CENTRAL, ES DE SU ESPECIE EL QUE TIENE MÁS POTENTE Y MÁS HORRIBLE VOZ. SE INFLA COMO UN GLOBO AL CANTAR.



EL 13 DE NOVIEMBRE DE 1825 SE EFECTUÓ EN EL RIO DE LA PLATA EL PRIMER ENSAYO DE NAVEGACION A VAPOR CON UN BARCO TRAIDO DE EUROPA QUE EFECTUÓ EL VIAJE DE BUENOS AIRES A SAN ISIDRO, IDA Y VUELTA, EN 10 HORAS



EN LAS  
**REVOLUCIONES**  
DE 1850 Y 1853,  
LA CHINA EMPLEÓ  
POR PRIMERA VEZ  
NUMEROSOS EJÉRCITOS  
**FEMENINOS**



DE LOS TEMPANOS DE HIELO EMERGE APENAS UN SEPTIMA PARTE, Y PUEDEN CONSERVARSE HASTA DOS SIGLOS.

UNA LEYENDA ÁRABE ASEGURA QUE ESTE EDIFICIO DE CEILÁN ES LA  
**TUMBA** DE ADÁN, QUIEN HABRÍA MUERTO ALLÍ SEPARADO DE SU ESPOSA, CON LA QUE SE HABÍA DISGUSTADO







# La vida de García Lorca, Poeta



OS hombres, en su mayoría, dice García Lorca, tienen una vida especial que a uno como tarjete de la conciencia publicamente y que ellos mismos presentan diciendo: "Yo soy tal", y que se le recibe pensando: "Si usted lo dice...". Pero era mayor, tiene también la otra vida, una vida gris, azapada, torbante, diabólica, que trata de ocultar como un pez pecado. Mucha gente ha hecho su fortuna diciendo al oído de algunos ricos las siete palabras mágicas: "Me da Tío, o lo digo Tío". Eso todo es el eje de la vida gris.

Mientras habla, el poeta fija sus ojos en los nuestros. Su mirada adquiere tensitud a ritmo con las palabras; brillantes, apagadas, volátiles, persistentes...

**UNA VIDA DE NIÑO**  
Cuando alguien pregunta a García Lorca por su vida, el poeta se asombra.

"Mi vida? ¿Esa que yo tengo? Esa es mi vida, toda. Ya me parecen niños. Las emociones de la infancia están en mí. Yo no he sido de ellas. Contar mi vida sería hablar de lo que soy y la vida de uno es el relato de lo que se fue. Los recuerdos, para los de mi más alejada infancia, son en mi un apasionado tiempo presente...

—Y se lo contará. Es la primera vez que hablo de esto, que siempre ha sido mi solo, íntimo, tan privado, que ni yo mismo quisiera nunca, lanzarlo. Siendo niño, viví en plena armonía de naturaleza. Como todos los niños, adjudicaba a cada cosa, mueble, objeto, animal, piedra, su personalidad. Conversaba con ellos y los amaba. En el patio de mi casa había un solo chopo. Una tarde se me ocurrió que los chopos cantaban. El viento, al pasar por entre sus ramas, producía un ruido variado en tonos que yo me sentí capaz de hacer acompañando con mi voz la canción de los chopos... Otro día me dio la idea de escribir un pequeño pronunciamiento mi nombre, apretando las sílabas como si deleteara: "F-e-d-e-r-i-c-o". Miré a todos lados y no vi a nadie. Sin embargo, en mis oídos seguía chillando mi nombre. Después de secar un largo rato, encontré la razón. Eran las ramas de un chopo viejo, que al rozar entre ellas producían un ruido monótono, que también, que a mí me parecía mi nombre.

**Y LOS AÑOS CORREN**  
Los años pasaron, García Lorca, bajo la inteligente dirección de su madre, se inició en estudios musicales. Luego en estudios escolares. Después, ya librado a su propia dirección, fue a la Universidad. Encontró en el camino gente mala y buena. Pasó por días, tranquilos, pero por otros, angustiosos. Se rodeó de amigos, pero no auténticos. Y desde entonces su vida se dividió en dos: la que vive para su vida y la que vive para su vida.

Ambas vidas tienen su bien. La de Lorca para los amigos es la que todos conocen, alegre, bulliciosa, gentil, diabólica. La que no todos conocen, la que él mismo teme, es la antiética. Esta sobre ella un espíritu trágico. El silencio de las ideas filosóficas, como la idea de la muerte, trata de envolverla. El poeta vibra bajo el terror como un apasionado.

**UN POETA RECIENTE**  
HALLADO

Hubo algunos años en la vida de Lorca, durante los cuales fué un espíritu en elaboración. Y otra tarde — los cambios en su vida ocurrieron así, repentinamente siempre — se descubrió poeta. Un poeta cuyo espíritu en su vida cotidiana de una hemiptera. Mantienen una fre-

amigos de España, que celebraron reventadísimo la aparición de un gran poeta. Lorca no podía creerlo, pero siguió haciendo versos. Al hacerlos, se operaba en él un cambio enorme de temperamento, una especie de retorno a viejas emociones. Los recuerdos de niño volvían. Las cosas que antes lo asombraban, le alegraban o le entristecían, regresaban a él con la misma fuerza emotiva de sus primeros años.

## EL AMOR A LA TIERRA

—Amo a la tierra, dice Lorca. Me siento ligado a ella en todas mis emociones. Mi más lejano recuerdo de niño tiene sabor de tierra. La tierra, el campo, han hecho grandes cosas en mi vida. Los hechos de la tierra, los animales, las gentes campesinas, tienen sugerencias que llegan a muy poco. Yo las capto ahora, con el mismo espíritu de mis años infantiles. De lo contrario, no hubiera podido escribir "Bodas de sangre". Este amor a la tierra me hizo conocer la primera manifestación artística. Es una breve historia digna de contar.

## LOS ARADOS BRAVANT Y EL PRIMER ASOMBRO ARTISTICO

—Fué por el año 1906. Mi tierra, tierra de agricultores, habla, y siempre anda por los viejos arados de madera, que apenas arrastran la superficie. Y en aquel año, algunos labradores adquirieron los nuevos arados Bravant y el nombre me ha quedado para siempre en el recuerdo. Me habían sido premiados por su eficacia en la exposición de París del año 1906. Yo, niño curioso, seguía por todo el campo al vigoroso

arado de la casa. Me gustaba ver cómo la enorme púa de acero abría un tajo en la tierra, tajo del que brotaban raíces en lugar de sangre. Una vez el arado se detuvo. Había tropezado en algo consistente. Un segundo más tarde la hoja brillante de acero sacaba de la tierra un mosaico morado. Tenía una inspección que ahora no recuerdo, aunque no sé por qué acude a mi memoria el nombre de los pastores de Dafnys y Cloe.

## COMPLEJO AGRARIO

—Ese mi primer asombro artístico está unido a la tierra. Los nombres de Dafnys y Cloe tienen también sabor a tierra y amor. Mi primera emoción artística ligada a la tierra y a los trabajos del campo. Por eso hay en mi vida un complejo agrario, que llamaron los psicoanalistas.

Sin este mi amor a la tierra, no hubiera podido escribir "Bodas de sangre". Y no hubiera tampoco pensado mi obra próxima "Yerma". En la tierra encuentro una profunda sugestión de pulsera. Y amo la solitaria y silenciosa presencia de muerte. Al ver unos pies quietos, con esa quietud trágica que solamente los pies saben adquirir, uno piensa: ¿una hora, una muerte, años más, y su quietud será absoluta. Tal vez unos minutos. Quizá una hora, una muerte, años más, y su quietud será absoluta.

No puedo estar con los zapatos puestos, en la cama, no suelo hacer los tofos cuando se echan a descansar. En cuanto me miro los pies me



La muerte... ¡Ah!... En la muerte hay una insinuación de muerte. La quietud, el silencio, la serenidad, son aprehensivos. La muerte está en todas partes. Es la dominadora. Hay un comienzo de muerte en los rostros que estamos quietos. Cuando estamos en una reunión, hablando acoratamente, mirando a los botines de los presentes. Los rostros quietos, horriblemente quietos. Son piezas sin gestos, mudas y sombrías, que en esa monotonía se dirigen a morir. Están comenzando a morir. Los botines, los pies, cuando están quietos, tienen un obscuro y silencioso aspecto de muerte. Al ver unos pies quietos, con esa quietud trágica que solamente los pies saben adquirir, uno piensa: ¿una hora, una muerte, años más, y su quietud será absoluta.

ahoga la sensación de la muerte. Los pies así, apoyados sobre sus talones, con las plantillas hacia el frente, me hacen recordar a los pies que me he visto cuando niño. Todos están en esa posición. Con los pies quietos, juntos, con zapatos sin estrenar... Y eso es la muerte.

Federico García Lorca ama el tráfago. Lo busca, lo provoca y lo contempla, pero no lo ama para sí. Lucha siempre para dar a sus amigos la satisfacción de saberlo triunfador.

—Si despertara mis amigos de la muerte, si estuviera rodeado de oídos o de envidias, no podría triunfar. No lucharía por nada. Yo sufriría por su alegría. Por eso nada me importa de lo que la gente le importa a mi. Yo sé que me gusta por mis amigos, por sus lágrimas de muchachos que dejé en Madrid y por los que tengo en Buenos Aires. Se que ellos se disgustarían si yo me iba a otras partes. Yo sufriría por su disgusto, y si por mí o por ellos. No me importa que la gente le importe a mi. Yo sé que me gusta por mis amigos, por sus lágrimas de muchachos que dejé en Madrid y por los que tengo en Buenos Aires. Se que ellos se disgustarían si yo me iba a otras partes. Yo sufriría por su disgusto, y si por mí o por ellos. No me importa que la gente le importe a mi. Yo sé que me gusta por mis amigos, por sus lágrimas de muchachos que dejé en Madrid y por los que tengo en Buenos Aires.

# Nuevas Aventuras de García Lorca y sus Dos Sofrimentos, por Dirks

**¡VIEJITOS, PORQUE NO ME NOMBRAN REY DE DE USTEDES?**

**Y A MI PRINCIPE CON SORTE**

**SE VE QUE ESTÁ EN LA GLORIA. HA SIDO 'NURSE'**

**¡CEBOLLITAS!**

**¡AHÍ NOS BUSCAN!**

**VENGO A MUNICIONARLES EL HIGADO**

**LOS CEBOLLITAS HAN CAIDO EN MANOS DE LOS GORILAS.**

**¡OH!**

**HAY QUE DETENER A LOS SECUESTRADORES.**

**¡ESTOS SON.**

**NOS DISFRAZAREMOS DE OSOS MELEROS.**

**ES UN MONO DESPUES DE VERDAD. ¡ESTO ME RO AGARRARE UNA MONA NA CANUDO!**

**VESTIDOS A LA MODA**

**¡OWGY!**

**¡QUE LINDA DENTADURA!**

**¡ES LA ABUELITA!**

**¡OH!**

**¡GARRA PARA GARRA!**

**CONTINUAN LOS CHILLIDOS**

**¿CREERA QUE SOMOS POETAS NO SENSIBLES?**

**¡TENDRA UNOS?**

**NOS EXPULSA.**

**¡POR AQUÍ NO HA PASA DO NADA!**

[illegible]

ILUSTRACION DE RECHAZ

[illegible]





# 3 Relatos Cerca de la Muerte

CUANDO a mi madre le relató aquello que me sucedió en el pueblo de Mérida, me costó trabajo convencerla. —Fue un sueño, decía, ¡qué tanta locura!

—No, es cierto —yo replicaba—, es cierto, pero fue la realidad.

Hacia ya un año que no podía conciliar el sueño. Me ofrecía para hacer cualquier cosa. Pero nadie contestaba a mis pedidos.

El pensamiento de ver a mis hermanitos salir hacia el extranjero me atormentaba. Había abandonado a mis amigos, me había ido de noche y me había ido en un turbio ensueño de tristeza.

Fue entonces cuando Pedro, aquel muchacho con quien me había criado, me ofreció su ayuda.

—Trabajaremos a medias —me dijo, mientras a mi lado me servía café—. Eres tú y el negro serán nuestros compañeros —explicó—, presentándome a dos muchachos de unos veinticinco años que vestían bien, aunque no podían disimular su origen humilde.

Todos me miraron. Yo no sabía qué hacer. Me sentía un intruso en medio de aquellos hombres que podían un valet o un criado.

Después Pedro dijo, mientras me miraba con ojos de fuego:

—El procedimiento es éste: vamos en los autos de los señores a aquellas paradas de donde se piden un valet o un criado. Ya irás a ofrecerle, si lo hacen nos preparan.

En las paredes había algunos cuadros, retratos de mujeres decorados por el tiempo. Una ventana con barras de hierro. Este detalle era muy interesante para mí.

Me dolían los huesos; el continuo movimiento que me hacía golpear el cuerpo contra la madera dura del coche, hacía sentir que mis huesos, además del cansancio de haber pasado dos noches sin dormir.

El caballo andaba y de su boca salía una espesa columna de humo.

—Esta es la casa, señor, me dijo el cochero con alegría.

Respiré con satisfacción. Después vi el coche alejarse entre las ramas hasta desaparecer en la lejanía y quedé solo.

Abrió la puerta. Hizo un chirrido agudo como el hubiera estado clausurada durante años. Los perros me miraban con recelo y ladraban.

Se respiraba un olor a húmedo, a humedad. Había mugor en las paredes y mucho polvo sobre

el terreno, si no se toman las medidas de la casa, estudiando los detalles, y con esos elementos daríamos el golpe.

Apenas las primeras luces alumbraaban, a pesar de hacer un frío intenso y cortante y ver una lluvia helada, ya había cerca de veinte hombres esperando.

Eran ya las nueve pasadas y aun no habían abierto la puerta. Aquellos hombres se apretaban contra la pared para resguardarse de la lluvia. Algunos temblaban.

Por fin apareció un portero de librea. Abrió la puerta.

—Pasen —dijo secamente.

Dentro se respiraba una atmósfera cálida y reconfortante. El "hall" estaba casi a oscuras. Reinaba un silencio completo.

Una escalera de mármol, cuyas gradas brillaban, producía en medio de aquel ambiente la sensación de líquidos de lluvia.

Mientras tomaba el té, aquel hombre empezó a interrogarme de una manera extraña.

—¿Le gusta la literatura? —me preguntó de improvviso.

Yo quedé asombrado. ¿Por qué se le había ocurrido a aquel hombre que yo escribiera?

—Escribo algunos cuentos... pero no tienen importancia.

—Resiste Vd. las emociones violentas, o siente miedo por cualquier cosa?

Yo cada vez pensaba más intrigado y me preguntaba: ¿qué significa todo esto?

Apareció un hombre, alto, un poco encorvado, vestido de negro. Su mirada era sagaz y fría.

Se acercó y nos examinó a todos minuciosamente, mirándonos fijo en los ojos como si pretendiera descubrir en el fondo el misterio de cada uno.

Por fin, después de casi media hora de examen y cuando ya empezaba a impacientarse, habló.

—Vd. —me dijo altivamente—, debe conocer a una señora. Me hizo tomar asiento. Sus ojos eran claros y penetrantes. Había una mirada de inteligencia.

—Sírvale un poco de té, para el señor —ordenó.

Me extrañó mucho aquella orden.

En las paredes había algunos cuadros, retratos de mujeres decorados por el tiempo. Una ventana con barras de hierro. Este detalle era muy interesante para mí.

Me dolían los huesos; el continuo movimiento que me hacía golpear el cuerpo contra la madera dura del coche, hacía sentir que mis huesos, además del cansancio de haber pasado dos noches sin dormir.

El caballo andaba y de su boca salía una espesa columna de humo.

—Esta es la casa, señor, me dijo el cochero con alegría.

Respiré con satisfacción. Después vi el coche alejarse entre las ramas hasta desaparecer en la lejanía y quedé solo.

Abrió la puerta. Hizo un chirrido agudo como el hubiera estado clausurada durante años. Los perros me miraban con recelo y ladraban.

Se respiraba un olor a húmedo, a humedad. Había mugor en las paredes y mucho polvo sobre

el terreno, si no se toman las medidas de la casa, estudiando los detalles, y con esos elementos daríamos el golpe.

Apenas las primeras luces alumbraaban, a pesar de hacer un frío intenso y cortante y ver una lluvia helada, ya había cerca de veinte hombres esperando.

Eran ya las nueve pasadas y aun no habían abierto la puerta. Aquellos hombres se apretaban contra la pared para resguardarse de la lluvia. Algunos temblaban.

Por fin apareció un portero de librea. Abrió la puerta.

—Pasen —dijo secamente.

Dentro se respiraba una atmósfera cálida y reconfortante. El "hall" estaba casi a oscuras. Reinaba un silencio completo.

Una escalera de mármol, cuyas gradas brillaban, producía en medio de aquel ambiente la sensación de líquidos de lluvia.

Mientras tomaba el té, aquel hombre empezó a interrogarme de una manera extraña.

—¿Le gusta la literatura? —me preguntó de improvviso.

Yo quedé asombrado. ¿Por qué se le había ocurrido a aquel hombre que yo escribiera?

—Escribo algunos cuentos... pero no tienen importancia.

—Resiste Vd. las emociones violentas, o siente miedo por cualquier cosa?

Yo cada vez pensaba más intrigado y me preguntaba: ¿qué significa todo esto?

Sin embargo, haciendo un esfuerzo, contesté:

—Creo que en la época que vivimos los fantasmas habrán desaparecido...

Me miró con sorpresa y yo iba formando en mi co-

rebro el plan para dar un golpe decisivo. Con la vista puesta en el futuro, me acordé de lo que me había pasado en Mérida.

Me miró fijamente y apoyando su mano sobre mi espalda, continuó:

—En el pueblo de Mérida teníamos una casa, situada a tres leguas de la estación. Esta deshabitada hace ya tiempo y necesito que alguien la cuide. Así que si Vd. acepta, me tiene que cuidar la casa. Hay tres perros que la harán compañía... Ganará trescientos pesos mensuales.

Le miré estupefacto a pesar de mis esfuerzos para mostrarme sereno.

¿Qué hacer?... Verdaderamente era la oportunidad que yo había buscado durante tanto tiempo y que se me presentaba como un milagro. Y no creí cometer ninguna transacción aceptando un empleo tan generosamente remunerado y dejar de lado a diez mil dólares que podría destruir mi vida.

Cuando llegué al pueblo de Mérida hacía mucho frío. Las casas bajas y blancas, parecían abandonadas en aquella soledad. Las calles eran solitarias y tristes.

Tomé un coche. Un jamaicano me llevaba a la casa. La marcha, pesada y lenta, me aburría. Me pareció que caminaba hacia un lugar lejano. Solo después de mucho camino vi una casa miserable. Ya los hombres y mujeres de rostros tostados por el sol, que me miraban de una manera extraña, casi asombrada.

Me dolían los huesos; el continuo movimiento que me hacía golpear el cuerpo contra la madera dura del coche, hacía sentir que mis huesos, además del cansancio de haber pasado dos noches sin dormir.

El caballo andaba y de su boca salía una espesa columna de humo.

—Esta es la casa, señor, me dijo el cochero con alegría.

Respiré con satisfacción. Después vi el coche alejarse entre las ramas hasta desaparecer en la lejanía y quedé solo.

Abrió la puerta. Hizo un chirrido agudo como el hubiera estado clausurada durante años. Los perros me miraban con recelo y ladraban.

Se respiraba un olor a húmedo, a humedad. Había mugor en las paredes y mucho polvo sobre

el terreno, si no se toman las medidas de la casa, estudiando los detalles, y con esos elementos daríamos el golpe.

Apenas las primeras luces alumbraaban, a pesar de hacer un frío intenso y cortante y ver una lluvia helada, ya había cerca de veinte hombres esperando.

Eran ya las nueve pasadas y aun no habían abierto la puerta. Aquellos hombres se apretaban contra la pared para resguardarse de la lluvia. Algunos temblaban.

Por fin apareció un portero de librea. Abrió la puerta.

—Pasen —dijo secamente.

Dentro se respiraba una atmósfera cálida y reconfortante. El "hall" estaba casi a oscuras. Reinaba un silencio completo.

Una escalera de mármol, cuyas gradas brillaban, producía en medio de aquel ambiente la sensación de líquidos de lluvia.

Mientras tomaba el té, aquel hombre empezó a interrogarme de una manera extraña.

—¿Le gusta la literatura? —me preguntó de improvviso.

Yo quedé asombrado. ¿Por qué se le había ocurrido a aquel hombre que yo escribiera?

—Escribo algunos cuentos... pero no tienen importancia.

—Resiste Vd. las emociones violentas, o siente miedo por cualquier cosa?

Yo cada vez pensaba más intrigado y me preguntaba: ¿qué significa todo esto?

Sin embargo, haciendo un esfuerzo, contesté:

—Creo que en la época que vivimos los fantasmas habrán desaparecido...

Me miró con sorpresa y yo iba formando en mi co-

rebro el plan para dar un golpe decisivo. Con la vista puesta en el futuro, me acordé de lo que me había pasado en Mérida.

Me miró fijamente y apoyando su mano sobre mi espalda, continuó:

—En el pueblo de Mérida teníamos una casa, situada a tres leguas de la estación. Esta deshabitada hace ya tiempo y necesito que alguien la cuide. Así que si Vd. acepta, me tiene que cuidar la casa. Hay tres perros que la harán compañía... Ganará trescientos pesos mensuales.

Le miré estupefacto a pesar de mis esfuerzos para mostrarme sereno.

¿Qué hacer?... Verdaderamente era la oportunidad que yo había buscado durante tanto tiempo y que se me presentaba como un milagro. Y no creí cometer ninguna transacción aceptando un empleo tan generosamente remunerado y dejar de lado a diez mil dólares que podría destruir mi vida.

Cuando llegué al pueblo de Mérida hacía mucho frío. Las casas bajas y blancas, parecían abandonadas en aquella soledad. Las calles eran solitarias y tristes.

Tomé un coche. Un jamaicano me llevaba a la casa. La marcha, pesada y lenta, me aburría. Me pareció que caminaba hacia un lugar lejano. Solo después de mucho camino vi una casa miserable. Ya los hombres y mujeres de rostros tostados por el sol, que me miraban de una manera extraña, casi asombrada.

Me dolían los huesos; el continuo movimiento que me hacía golpear el cuerpo contra la madera dura del coche, hacía sentir que mis huesos, además del cansancio de haber pasado dos noches sin dormir.

El caballo andaba y de su boca salía una espesa columna de humo.

—Esta es la casa, señor, me dijo el cochero con alegría.

Respiré con satisfacción. Después vi el coche alejarse entre las ramas hasta desaparecer en la lejanía y quedé solo.

Abrió la puerta. Hizo un chirrido agudo como el hubiera estado clausurada durante años. Los perros me miraban con recelo y ladraban.

Se respiraba un olor a húmedo, a humedad. Había mugor en las paredes y mucho polvo sobre

el terreno, si no se toman las medidas de la casa, estudiando los detalles, y con esos elementos daríamos el golpe.

Apenas las primeras luces alumbraaban, a pesar de hacer un frío intenso y cortante y ver una lluvia helada, ya había cerca de veinte hombres esperando.

Eran ya las nueve pasadas y aun no habían abierto la puerta. Aquellos hombres se apretaban contra la pared para resguardarse de la lluvia. Algunos temblaban.

Por fin apareció un portero de librea. Abrió la puerta.

—Pasen —dijo secamente.

Dentro se respiraba una atmósfera cálida y reconfortante. El "hall" estaba casi a oscuras. Reinaba un silencio completo.

Una escalera de mármol, cuyas gradas brillaban, producía en medio de aquel ambiente la sensación de líquidos de lluvia.

Mientras tomaba el té, aquel hombre empezó a interrogarme de una manera extraña.

—¿Le gusta la literatura? —me preguntó de improvviso.

Yo quedé asombrado. ¿Por qué se le había ocurrido a aquel hombre que yo escribiera?

—Escribo algunos cuentos... pero no tienen importancia.

—Resiste Vd. las emociones violentas, o siente miedo por cualquier cosa?

Yo cada vez pensaba más intrigado y me preguntaba: ¿qué significa todo esto?

Sin embargo, haciendo un esfuerzo, contesté:

—Creo que en la época que vivimos los fantasmas habrán desaparecido...

Me miró con sorpresa y yo iba formando en mi co-

rebro el plan para dar un golpe decisivo. Con la vista puesta en el futuro, me acordé de lo que me había pasado en Mérida.

Me miró fijamente y apoyando su mano sobre mi espalda, continuó:

—En el pueblo de Mérida teníamos una casa, situada a tres leguas de la estación. Esta deshabitada hace ya tiempo y necesito que alguien la cuide. Así que si Vd. acepta, me tiene que cuidar la casa. Hay tres perros que la harán compañía... Ganará trescientos pesos mensuales.

Le miré estupefacto a pesar de mis esfuerzos para mostrarme sereno.

¿Qué hacer?... Verdaderamente era la oportunidad que yo había buscado durante tanto tiempo y que se me presentaba como un milagro. Y no creí cometer ninguna transacción aceptando un empleo tan generosamente remunerado y dejar de lado a diez mil dólares que podría destruir mi vida.

Cuando llegué al pueblo de Mérida hacía mucho frío. Las casas bajas y blancas, parecían abandonadas en aquella soledad. Las calles eran solitarias y tristes.

Tomé un coche. Un jamaicano me llevaba a la casa. La marcha, pesada y lenta, me aburría. Me pareció que caminaba hacia un lugar lejano. Solo después de mucho camino vi una casa miserable. Ya los hombres y mujeres de rostros tostados por el sol, que me miraban de una manera extraña, casi asombrada.

Me dolían los huesos; el continuo movimiento que me hacía golpear el cuerpo contra la madera dura del coche, hacía sentir que mis huesos, además del cansancio de haber pasado dos noches sin dormir.

El caballo andaba y de su boca salía una espesa columna de humo.

—Esta es la casa, señor, me dijo el cochero con alegría.

Respiré con satisfacción. Después vi el coche alejarse entre las ramas hasta desaparecer en la lejanía y quedé solo.

Abrió la puerta. Hizo un chirrido agudo como el hubiera estado clausurada durante años. Los perros me miraban con recelo y ladraban.

Se respiraba un olor a húmedo, a humedad. Había mugor en las paredes y mucho polvo sobre

el terreno, si no se toman las medidas de la casa, estudiando los detalles, y con esos elementos daríamos el golpe.

Apenas las primeras luces alumbraaban, a pesar de hacer un frío intenso y cortante y ver una lluvia helada, ya había cerca de veinte hombres esperando.

Eran ya las nueve pasadas y aun no habían abierto la puerta. Aquellos hombres se apretaban contra la pared para resguardarse de la lluvia. Algunos temblaban.

Por fin apareció un portero de librea. Abrió la puerta.

—Pasen —dijo secamente.

Dentro se respiraba una atmósfera cálida y reconfortante. El "hall" estaba casi a oscuras. Reinaba un silencio completo.

Una escalera de mármol, cuyas gradas brillaban, producía en medio de aquel ambiente la sensación de líquidos de lluvia.

Mientras tomaba el té, aquel hombre empezó a interrogarme de una manera extraña.

—¿Le gusta la literatura? —me preguntó de improvviso.

Yo quedé asombrado. ¿Por qué se le había ocurrido a aquel hombre que yo escribiera?

—Escribo algunos cuentos... pero no tienen importancia.

—Resiste Vd. las emociones violentas, o siente miedo por cualquier cosa?

Yo cada vez pensaba más intrigado y me preguntaba: ¿qué significa todo esto?

Sin embargo, haciendo un esfuerzo, contesté:

—Creo que en la época que vivimos los fantasmas habrán desaparecido...

Me miró con sorpresa y yo iba formando en mi co-

rebro el plan para dar un golpe decisivo. Con la vista puesta en el futuro, me acordé de lo que me había pasado en Mérida.

Me miró fijamente y apoyando su mano sobre mi espalda, continuó:

—En el pueblo de Mérida teníamos una casa, situada a tres leguas de la estación. Esta deshabitada hace ya tiempo y necesito que alguien la cuide. Así que si Vd. acepta, me tiene que cuidar la casa. Hay tres perros que la harán compañía... Ganará trescientos pesos mensuales.

Le miré estupefacto a pesar de mis esfuerzos para mostrarme sereno.

¿Qué hacer?... Verdaderamente era la oportunidad que yo había buscado durante tanto tiempo y que se me presentaba como un milagro. Y no creí cometer ninguna transacción aceptando un empleo tan generosamente remunerado y dejar de lado a diez mil dólares que podría destruir mi vida.

Cuando llegué al pueblo de Mérida hacía mucho frío. Las casas bajas y blancas, parecían abandonadas en aquella soledad. Las calles eran solitarias y tristes.

Tomé un coche. Un jamaicano me llevaba a la casa. La marcha, pesada y lenta, me aburría. Me pareció que caminaba hacia un lugar lejano. Solo después de mucho camino vi una casa miserable. Ya los hombres y mujeres de rostros tostados por el sol, que me miraban de una manera extraña, casi asombrada.

Me dolían los huesos; el continuo movimiento que me hacía golpear el cuerpo contra la madera dura del coche, hacía sentir que mis huesos, además del cansancio de haber pasado dos noches sin dormir.

El caballo andaba y de su boca salía una espesa columna de humo.

—Esta es la casa, señor, me dijo el cochero con alegría.

Respiré con satisfacción. Después vi el coche alejarse entre las ramas hasta desaparecer en la lejanía y quedé solo.

Abrió la puerta. Hizo un chirrido agudo como el hubiera estado clausurada durante años. Los perros me miraban con recelo y ladraban.

Se respiraba un olor a húmedo, a humedad. Había mugor en las paredes y mucho polvo sobre

el terreno, si no se toman las medidas de la casa, estudiando los detalles, y con esos elementos daríamos el golpe.

Apenas las primeras luces alumbraaban, a pesar de hacer un frío intenso y cortante y ver una lluvia helada, ya había cerca de veinte hombres esperando.

Eran ya las nueve pasadas y aun no habían abierto la puerta. Aquellos hombres se apretaban contra la pared para resguardarse de la lluvia. Algunos temblaban.

Por fin apareció un portero de librea. Abrió la puerta.

—Pasen —dijo secamente.

Dentro se respiraba una atmósfera cálida y reconfortante. El "hall" estaba casi a oscuras. Reinaba un silencio completo.

Una escalera de mármol, cuyas gradas brillaban, producía en medio de aquel ambiente la sensación de líquidos de lluvia.

Mientras tomaba el té, aquel hombre empezó a interrogarme de una manera extraña.

—¿Le gusta la literatura? —me preguntó de improvviso.

Yo quedé asombrado. ¿Por qué se le había ocurrido a aquel hombre que yo escribiera?

—Escribo algunos cuentos... pero no tienen importancia.

—Resiste Vd. las emociones violentas, o siente miedo por cualquier cosa?

Yo cada vez pensaba más intrigado y me preguntaba: ¿qué significa todo esto?

Sin embargo, haciendo un esfuerzo, contesté:

—Creo que en la época que vivimos los fantasmas habrán desaparecido...

Me miró con sorpresa y yo iba formando en mi co-

rebro el plan para dar un golpe decisivo. Con la vista puesta en el futuro, me acordé de lo que me había pasado en Mérida.

Me miró fijamente y apoyando su mano sobre mi espalda, continuó:

—En el pueblo de Mérida teníamos una casa, situada a tres leguas de la estación. Esta deshabitada hace ya tiempo y necesito que alguien la cuide. Así que si Vd. acepta, me tiene que cuidar la casa. Hay tres perros que la harán compañía... Ganará trescientos pesos mensuales.

Le miré estupefacto a pesar de mis esfuerzos para mostrarme sereno.

¿Qué hacer?... Verdaderamente era la oportunidad que yo había buscado durante tanto tiempo y que se me presentaba como un milagro. Y no creí cometer ninguna transacción aceptando un empleo tan generosamente remunerado y dejar de lado a diez mil dólares que podría destruir mi vida.

Cuando llegué al pueblo de Mérida hacía mucho frío. Las casas bajas y blancas, parecían abandonadas en aquella soledad. Las calles eran solitarias y tristes.

Tomé un coche. Un jamaicano me llevaba a la casa. La marcha, pesada y lenta, me aburría. Me pareció que caminaba hacia un lugar lejano. Solo después de mucho camino vi una casa miserable. Ya los hombres y mujeres de rostros tostados por el sol, que me miraban de una manera extraña, casi asombrada.

Me dolían los huesos; el continuo movimiento que me hacía golpear el cuerpo contra la madera dura del coche, hacía sentir que mis huesos, además del cansancio de haber pasado dos noches sin dormir.

El caballo andaba y de su boca salía una espesa columna de humo.

—Esta es la casa, señor, me dijo el cochero con alegría.

Respiré con satisfacción. Después vi el coche alejarse entre las ramas hasta desaparecer en la lejanía y quedé solo.

Abrió la puerta. Hizo un chirrido agudo como el hubiera estado clausurada durante años. Los perros me miraban con recelo y ladraban.

Se respiraba un olor a húmedo, a humedad. Había mugor en las paredes y mucho polvo sobre

el terreno, si no se toman las medidas de la casa, estudiando los detalles, y con esos elementos daríamos el golpe.

Apenas las primeras luces alumbraaban, a pesar de hacer un frío intenso y cortante y ver una lluvia helada, ya había cerca de veinte hombres esperando.

Eran ya las nueve pasadas y aun no habían abierto la puerta. Aquellos hombres se apretaban contra la pared para resguardarse de la lluvia. Algunos temblaban.

Por fin apareció un portero de librea. Abrió la puerta.

—Pasen —dijo secamente.

Dentro se respiraba una atmósfera cálida y reconfortante. El "hall" estaba casi a oscuras. Reinaba un silencio completo.

Una escalera de mármol, cuyas gradas brill





# ¿Habrá Guerra?

Reportaje a Andrés Malraux

Los retratos de Andrés Malraux presentan casi siempre al mismo tiempo su rostro, sus manos. Tienen razón. Un rostro, un cuerpo siempre en movimiento, echando puntas al exterior y retorciendo, frente a menudo inclinado, boca abierta, gestos del dedo, y en verdad, gestos del semblante, como de una mano indolente, ausencia de sonrisa. Una sorprendente "puntuación" en la voz, comillas, paréntesis, guiones: una voz clara y retorcida, refinada a veces. Una conversación con Andrés Malraux es una conversación en la que sólo porque se dice también: romper lanzas. Hablamos de la guerra, por meter lo que todos. No verdaderamente de la guerra, pero sí de esas potencias del mundo entre las que ella se jugará, entre las que ella establece desde ahora una especie de cemento invisible blanco, todavía, que se siente endurecer demasiado pronto.

te entre Alemania-Polonia de un lado, Rusia del otro. El intelectual que desata su pensamiento a la política está siempre mortificado por esto de que la política es un dominio en el cual la originalidad, el descubrimiento, cuentan mucho menos que la elección y el discernimiento. Lo esencial aquí es determinar cuáles fuerzas se oponen. Pregunta si, dentro del estado actual de las cosas, ¿un acuerdo franco alemán no supone una orientación de Francia hacia el fascismo, hacia un fascismo?

—No creo en el fascismo en Francia. Se engaña uno siempre confundiendo fascismo y autoridad. La autoridad en Francia puede muy bien no ser tomada por una persona, por un grupo de partidarios

voluntad nace siempre de un peligro. La clase en peligro, es el fascismo. Pero la clase en peligro, es el jacobinismo. Y el francés, más amenazado en su nación que en su clase, será jacobino y no fascista.

—Es muy cierto que un ser pensante no puede, hoy día, aceptar, ni pensar siquiera el fenómeno "régimen francés" tal como se sentía el gobierno de beneficios a grupos que, en cambio, le dan votos, es un poco breve. Pero no es una razón para destruir en el fascismo.

—Un cambio de este género facilitaría evidentemente una reconciliación práctica entre Francia y Alemania. Alemania tiene necesidad. Alemania no puede quedar en la situación actual. Olvidase que su industria fue construida para su imperio, no para ella: Austria-Hungría, Turquía, colonias turcas, y parcialmente, Rusia y Asia. Como la industria americana, pero por distintos caminos, la industria alemana trabajaba "para su porvenir". Todo eso está perdido. Alemania no es más la potencia imperial que antes era, y sus vecinos empiezan a invadir sus mercados. Una potencia industrial, compuesta sobre el tema del BAGDAD BAHN, para 130 millones de hombres, continúa funcionando para 50 millones. Diez millones de obreros están previstos en un país, una, donde ciento dieciocho mil habitantes...

—¿Entonces? Un fascista alemán podría decir: "La verdadera solución sería matar seis millones de proletarios alemanes". Los años de un pueblo medio para lograr la superación de seis millones de hombres.

—¿La guerra?

—Una guerra, Rusia parece indicada para servir de blanco. Durante años el partido comunista ha gritado que la U. S. S. estaba amenazada. No siempre era verdad. No es cierto y "es la cuestión de Europa". Es con respecto a esto que se debe fallar.

—"No creo en una "biología política" que permitirá prever

## Peloponeso y Jazmin



por Hamlim



—Es claro, dijo Andrés Malraux, que hoy el mundo está en hacer un bloque Francia-Alemania-Polonia contra Rusia. Se pretende que son los "negociantes en calzones" los que empujan a una guerra. Siria necesario matar por cierto que pienso siempre en lo que decía en el mitin por el retorno de los obreros de la U. S. S. S., que alrededor de las losas de los soldados desconocidos se pasan un poco en demencia oceanos de calzones desconocidos. Pero el interés de los negociantes de calzones franceses es más bien hoy día que los pueblos se amon a los latinos saben bien que sería imposible movilizar esta vez a los franceses si los beneficios los corresponden a ellos, si el gobierno no empieza por la nacionalización de las industrias de guerra. El ideal del negociante de calzones sería la pas superarmada, antes que la guerra. Y, además, utilizarán en no economizar en el fascismo lo que no economizarían en Alemania.

—Pero hay que tener en cuenta a la opinión. No está muy caliente para la guerra. Se la calentará. Bueno. Miremos un poco esta operación. La prensa del Comité de las Herrierías es en resumen, favorable a la entente con Hitler. La de los trusts mundiales del petróleo, Royal y Standard, y de los bancos que a ellos están unidos, es también favorable a Hitler. Francamente orientada contra Rusia, si quiere Vd. leer con atención, "Le Matin", en este momento, es realmente favorable a Hitler. Pasemos. Sucede esto, que es curioso de una parte, un poderoso grupo de intereses económicos que presiona en Francia, a un venimiento de plazo más cercano (petróleo) o más lejano (Cemento de las Herrierías) la guerra contra Rusia; de otra parte, las fuerzas políticas "de izquierda", que valen lo que valen, que me excusen una moderación, pero que con toda evidencia se oponen sólo con alguna importancia a esta guerra.

—Además Vd. que una de las más grandes dificultades del régimen nazi es encontrar nuevos competidores, que Hitler puede confiar en que encontrará como calafateo teutónico en cruzada contra los paganos bolcheviques, lo que muy poco encuentra por el momento.

—¿Difícil de hacer marchar a los franceses con Alemania? Sí. Pero hay artimañas. La cosa sucede primeramente,

alrededor de un jefe. La voluntad imperial de Napoleón fue menos grande y menos eficaz que la voluntad revolucionaria de los Comités de la Convención. La inclinación a la autoridad, a menudo es viva en Francia, pero la de la libertad también (siendo, desde luego, estas dos ideas perfectamente incompatibles, y no correspondiendo apenas más que a actitudes).

—El Imperio, es Napoleón, pero es también Napoleón III. El rey es Luis XIV, es también Carlos XI, y en retroversas cuentas, la República, es Panamá, pero es también la Convención". —Pero una autoridad colectiva degenera pronto. Napoleón III no se sostuvo tampoco muy brillantemente. Ni así mismo, en verba de otro modo. Napoleón I después de 1812; el ideal del Estado no es el refuerzo de la policía. Me parece difícil considerar a los gobiernos de autoridad de otro modo que como acertadas coyunturas entre el ideal que se tiene —una voluntad nacional confusa y el hecho de una persona o un grupo dado. Lo más interesante estaría en saber cómo nace y se destruye de pronto una voluntad nacional. Pero sería menester un estudio. Digamos, a lo sumo, que esta

la evolución de los fuertes entropos o mundiales. "La guerra no estalla porque las circunstancias más favorables están reunidas". No. Cuando se dice que el estado de Europa, hoy día, se asemeja al estado de la Europa de 1914, no se cae en ella si se llega a la conclusión que el de salura una guerra "como en 1914". La guerra ha estallado en 1914 es todo lo que puede decirse: no debía estallar en 1914. Desde la guerra de 1870 la ocasión, y "mejor", se había presentado cinco veces. Pero es que la guerra no ha seguido a Fashoda, en que la guerra no sobreviene cuando "debe" sobrevivir. Entonces, hacer previsiones, ¿verdad? —Por el momento, se trata de comprender un poco el juego: petróleo, herrieras, radicalismo, comunismo, fascismo. Cuando tantos pronosticos pueden ser hechos, ¿cómo la voluntad, digo: en ningún caso hará la guerra contra Rusia.

—Agrego que si las grandes fuerzas económicas francesas quisieran realmente servir al espíritu nacional con quien salían vinieron de donde deberían destinar todo lo que tienen de fuerza de voluntad y asimismo de violencia, a la conservación de la paz. Los senadores de 1918, Estados Unidos y Japón, son las dos naciones que echaron últimas en la guerra. ¿Estas fuerzas elegirán su temor a Rusia o su deseo de poder?